



Dialéctica del Mal. (¿De qué se ríe el Diablo?)

José Luis Cardero López

Existe una tendencia de análisis dentro de la modernidad que, cuando vuelve la mirada hacia el interior de los asuntos humanos, es decir, cuando intenta explicar, sino los asuntos-en-sí, al menos el aspecto que dichos asuntos presentan, se encuentra, según parece, con un terrible panorama: detrás de las promesas de un “progreso indefinido” se ocultan las formas siniestras del horror y de la destrucción. La modernidad esconde dentro de sí una vía directa hacia el infierno.

¿Es por eso que el Diablo se ríe? ¿La risa del Diablo sería entonces el producto de una equivocación de ruta cometida por los humanos “estúpidos”? ¿Sería motivo de su risa el hecho que, primero, nos engañó en el Paraíso y ahora nos hace errar de nuevo –¡y de que forma!- en nuestro camino colectivo?

Ante todo conviene examinar este asunto de la risa. Algunos estudiosos de los acontecimientos más destacados de la historia humana ponen de manifiesto tal cuestión. Así, Ron Rosenbaum, en su propósito de explicar a Hitler, hace recuento de las veces en las que ese individuo tan poco gracioso utilizó la risa como amenaza, o como alegoría de la amenaza, cuando manifestaba sus intenciones en algunos discursos al referirse a “los judíos que antes se reían” –acerca de las predicciones de Hitler sobre su fin (el de los judíos)- pero que ahora –en pleno desarrollo del Holocausto- “ya han dejado de reirse”¹. También, en relación con ello, tenemos como ejemplo seguramente bien conocido por los lectores, esa actitud exhibida por Jorge de Burgos, uno de los protagonistas de *El nombre de la rosa*, que dice renegar de la risa como si de un rasgo satánico se tratara, ya que transforma al humano en un simio de cara retorcida y le aleja de su destino celestial y divino (*verba vana aut risui apta non loqui*)².

En realidad, la risa casi siempre ha tenido una pobre consideración entre los analistas de la historia humana, gente por lo general muy seria y circunspecta. Ellos, por encima de los momentos gozosos, han preferido invocar –directa o indirectamente- el sufrimiento y el dolor, los gritos y las lágrimas, que no han sido escasos, todo hay que decirlo. Tal vez por eso al Diablo, imagen paradigmática y socialmente bien establecida del Enemigo, se le hace partícipe y hasta generador primero y malintencionado de la risa (él se ríe cuando atrapa por fin un alma escurridiza, cuando se la lleva al infierno, cuando consigue que el incauto ser humano tropiece y caiga en el pecado, cuando le induce al error, etc.). Pero al Maligno casi nunca se le representa en esos nuestros archivos cognitivos, llorando, gimiendo o lamentándose amargamente, aunque, por la lectura entre líneas de aquello que nos han contado de él los hermenéutas que cavilan sobre los asuntos de la salvación humana y los diversos redentores que

¹ RON ROSENBAUM, *Explicar a Hitler. Los orígenes de su maldad*. Siglo XXI Editores. México 1999.

² “No pronunciar palabras vanas o que exciten la risa.” UMBERTO ECO, *El nombre de la rosa*. Editorial Lumen. Barcelona, 1988. Pág.100 y s., pág. 121 y s.. Traducción de citas y textos latinos por Tomás de la Ascensión Recio García. O.c., pag. 615.

tratan de socorrer a esta nuestra especie desdichada, motivos más que sobrados tendría para el llanto, no ya por él mismo o por los resultados de su rebelión fallida o de las remotas conspiraciones urdidas en lo más alto, sino por nosotros, es decir, por esas extrañas criaturas que, tras un quiebro dialéctico, de ser los reyes de la Creación se convierten en el objetivo pre-supuesto y privilegiado de sus ardidés. No obstante y sea como fuere, el Diablo no solo se ríe y de algún modo “fabrica” la risa. Además, se le acusa de intentar contagiarnos ese colapso incontenible de muecas faciales, movimientos corporales convulsos y exhalaciones aéreas que tanto nos hace de menos, según algunos.

Pero la cuestión de la risa no tiene únicamente relación con el Diablo. También tiene que ver con el Mal (es decir, con uno de los “extremos” de lo Sagrado) en un sentido mucho más amplio. No sólo porque –la risa– está en contacto muy directo, según lo socialmente establecido, con muchos de los personajes malos, malvados, malignos, de nuestro imaginario colectivo, sino porque, además, la “necesidad” de su control es el camuflaje de un principio que pretende ser reputado como moral y que se halla cuidadosamente oculto en nuestra mente desde los primeros momentos de la socialización, depositado en ella a lo largo de varias etapas de ese proceso mediante el cual los individuos se integran en el grupo social.

Ese principio induce directamente en nosotros la activación de un modelo cognitivo: aquél por el que se manifiesta una equivalencia genérica entre violencia y Mal, negando al tiempo la correspondencia –también presente, pese a todo– entre violencia y Bien, haciendo de esas dos articulaciones/oposiciones de ideas, aparte de “verdades-muestra” que funcionan en un universo de abstracciones, el producto “lógico” de la presencia –inevitable, quizá hasta “necesaria”, terminarán por confesarnos algunos hermeneutas– de lo demoníaco en el mundo. Sin embargo, si bien la violencia asimilada al Mal es formalmente rechazada y negada como argumento, como propósito, como herramienta y objetivo, lo cierto es que esa misma articulación “violencia-Mal”, continúa siendo uno de los signos explicativos más visibles y omnipresentes de nuestra civilización, una civilización que, en los últimos siglos se ha desarrollado casi exclusivamente –es preciso decirlo– a partir de un modo de producción muy concreto: el capitalismo.

Por tanto, hay un uso social intencionado e ideológicamente calculado de la relación “violencia-Mal” –que, sin embargo, es públicamente presentada con un carácter demoníaco y como producto de las actividades del Maligno o de sus agentes– y hay asimismo un uso y un conocimiento sociales –aunque furiosamente negados– de la relación “violencia-Bien”. ¿Cómo explicar semejante contradicción?

Uno de los caminos para llegar a explicarla pasa, primero, por reconocer la necesidad de la existencia y presencia de la propia contradicción en sí y, segundo, por reconocer su falsa apariencia. En realidad no se trata, según veremos, de una contradicción plenamente “contradictoria” o contradicción en sentido estricto, sino de una sólo aparentemente “contradictoria”³, condición de ambigüedad que también forma parte del entramado estructural oculto del principio “moral” al que antes me he referido. Asimismo es necesario tener en cuenta que, después de todo, también existen muchas otras formas de violencia que son social y “moralmente” aceptadas, aun cuando su “conexión” con principios como el Mal o el Bien sean en tal caso pura y simplemente pasadas por alto⁴. Incluso, algunas de esas formas de violencia van a ser además fomentadas y establecidas como rasgos de comportamiento “necesarios” para

³ Es decir, una contradicción desactivada de su impulso dialéctico, porque dicho impulso podría llevar hacia un cambio cualitativo, lo que no se desea en este caso.

⁴ Por no citar más que dos ejemplos entre los muchos existentes, la violencia ligada a la consecución y conservación del estatus en los grupos sociales o la violencia desarrollada contra la Naturaleza, que conforma la mayoría de los actos denominados de “conocimiento científico”.

definir identidades –individuales y colectivas- o para establecer límites y valores a diferentes niveles. Verdaderamente sólo se consideran “malas” y “reprobables” –en el sentido “moral” que tales términos ilustran dentro del conjunto de modelos cognitivos característicos de cada grupo social- ciertas formas de violencia, a las que enseguida se confirma además como “ilegítimas”⁵.

Entonces, ¿podemos considerar que existen formas de violencia que se hallan vinculadas al Bien y que el grupo social puede llegar a utilizarlas aun cuando no las reconozca en ese vínculo concreto? O, dicho de otra manera: Conseguir el Bien –sea éste lo que fuere- ¿puede lograrse utilizando “algunas” formas de violencia no reconocidas socialmente? En realidad, la única manera de aceptar sin crispaciones en el grupo social esta dicotomía establecida entre “algunas formas de violencia” y el Mal y “algunas otras formas de violencia” y el Bien, se esconde precisamente bajo la contradicción “solo aparentemente contradictoria” de la que hablamos al principio. Es decir: el carácter que las relaciones de producción vigentes y actuantes en el capitalismo imprimen sobre los sujetos de dichas relaciones –los individuos, en este caso- determina la necesidad de una ausencia real y verdadera de Plan moral (el mercado no se gobierna por factores morales, sino por factores productivos). En el campo determinado por tal ausencia real de Plan moral no sirven valores como Mal y Bien, que en ese ámbito no poseen significado alguno, al menos desde el punto de vista funcional del sistema, aun cuando hayan de ser “necesariamente” esgrimidos o agitados como fantasmagorías tranquilizadoras (¿Qué otra finalidad puede tener si no el edificio moral en el modo de producción capitalista ahora “globalizado”?). Sin embargo, lo cierto es que, en el paraíso de la libertad (de mercado), en el mismo centro de un mundo en el que la risa no posee buena reputación, no es posible poner de manifiesto libremente el entramado auténtico del proceso que reduce a los individuos a objetos en el funcionar del modo productivo. Por ello es necesario crear artificialmente una equivalencia o sustitución, articulada sobre una oposición virtualmente funcionante, entre principios que se inscriben en la mente de los individuos como “antagónicos” (por ejemplo, Bien–Mal), pero cuyo funcionamiento e interrelaciones reales aparecen en su mayoría veladas y desactivadas.

Desde luego tal oposición no queda establecida en solitario, ya que así podría determinarse con una cierta facilidad, a pesar de los aspectos ocultos, su carácter de imposición ideológicamente determinada. Por ello se coloca en el medio de un juego complejo de muchas otras oposiciones concurrentes, constituidas en estructuras de conceptos antagónicos (limpio – sucio, puro – impuro, dentro – fuera, derecha – izquierda, arriba – abajo, normal – anormal, ortodoxo - heterodoxo...etc.) a lo largo del proceso de socialización de los individuos. Existen construcciones simbólicas complejas –por ejemplo, las religiones- que, a su vez, pueden vincular y activar muchos de tales juegos de oposiciones, haciendo que la estrategia simbólica discurra por los cauces socialmente aceptados; de hecho quizá sea ese uno de los cometidos principales de las cosmovisiones religiosas. La mitología es otro instrumento que, en su ámbito, también ayuda y colabora en esa tarea.

Pero esto no es todo. Si somos capaces de ver más allá de esa niebla conceptual impuesta durante el desarrollo de nuestra personalidad a lo largo del proceso educativo al que todos estamos sometidos desde que nacemos –e incluso desde antes, si consideramos la preparación cultural intensiva de que son objeto los otros protagonis-

⁵ Si tales formas se examinaran concienzudamente, podría sin duda verse muy bien la correspondencia entre esas formas de violencia calificadas como “ilegítimas” y las actitudes defensivas o protectoras que muchos individuos y colectividades adoptan frente a las agresiones políticas, ideológicas y sociales propiciadas por el desarrollo de los intereses de las clases, capas o castas dominantes en cualquier tiempo histórico, pero quizá mucho más evidentes ahora, en nuestro mundo “globalizado”.

tas y el propio ámbito de nuestra llegada al mundo- tal vez se pongan de manifiesto los entramados más importantes del universo “moral” en que nos desenvolvemos los seres humanos.

En primer término, parece extraña tanta y tan continuada insistencia sobre la cualidad “moral” de una cosmovisión como la implantada en los grupos sociales que forman nuestra civilización. ¿A qué obedece ese empeño? Este modelo cultural llegará a ser cualquier cosa, pero, por más que se obstine en su desarrollo ideológicamente condicionado y en sus consecuencias, de ninguna manera podrá ser moral, al menos en el sentido que, comunmente, cabe deducir de los sistemas morales⁶. El Bien y el Mal deberán poder articularse uno en función de otro y, precisamente, va a ser así como se entienden en algunas cosmovisiones o desde determinadas perspectivas. Pero ambos han de funcionar en el seno de un constructo cognitivo en el que vayan a ser posibles al menos ciertos acuerdos o convenios mínimos respecto a un referente considerado como moral en sentido estricto, aunque dichos acuerdos o convenios no sean otros que los postulados en su momento por John Rawls⁷. Fuera de un ámbito semejante, Bien y Mal carecen de significado coherente, por más que todavía sea posible proporcionar a estos conceptos unos cuantos “revestimientos” éticos oportunistas, adecuados para su utilización en ciertos momentos y circunstancias convenientes para los intereses del Poder.

En segundo lugar, las contradicciones. Por lo general, éstas suelen funcionar como elementos catalizadores de cambios cualitativos. Es posible entender y hasta describir de un modo amplio el “valor de contradicción” de las contradicciones, sobre todo si consideramos que ellas se desenvuelven en universos definidos por “grados de libertad” en los que no están permitidas –aun cuando fueran tal vez posibles- todas las contradicciones, ni se pueden expresar absolutamente todos los valores de contradicción. ¿Qué ocurre, en tal caso, con la contradicción manifiestamente expresada entre el hecho de la negación social de la violencia asimilada formalmente al Mal, la negación furiosa de la violencia asociada al Bien y la tolerancia –y hasta la aceptación recomendada- de la violencia como signo necesario en muchos aspectos de la convivencia? ¿Y que ocurre, sobre todo, cuando esa contradicción se produce en un sistema pretendidamente moral que asigna Bien y Mal – incluso diría más, Legitimidad e Illegitimidad- a cada circunstancia de su acontecer?

En tercer lugar, hablemos de la asignación de ciertos tipos de violencia. Pero no me refiero ahora al hecho ya apuntado de vincular un tipo de violencia al Mal y otro tipo de violencia al Bien, sino al propio hecho de asignar, considerado en sí, emanado aparentemente de una “necesidad”. ¿Porqué se nos exige asignar, es decir, señalar y distribuir, en este caso “tipos de violencia”, entre Mal y Bien, o entre personas o cosas?⁸ Esto es Malo –pertenece al Mal, aquello es Bueno –pertenece al Bien. Este individuo es Malo, aquél es Bueno. Este comportamiento es Malo, aquél otro es Bueno. Tales asignaciones llenan con su peso una buena parte de nuestra existencia. Al principio, en los primeros años de vida social, el resultado de las asignaciones que otros hacen por nosotros y sobre nosotros, nos es impuesto, sin que podamos hacer demasiado por evitarlo o por sustraernos a su influencia. Mas tarde, hasta el momento

⁶ Esto es, en el sentido determinado por aquellas doctrinas que, en caso de duda respecto a la licitud de un acto, permiten al sujeto realizar una elección justificable. Se trata, principalmente, de “resolver la cuestión de las relaciones entre libertad y ley, recurriendo a principios universalmente aplicables”. Véase *Enciclopedia de la Filosofía Garzanti*. Ediciones B., Barcelona, 1992. pág. 679 y s.

⁷ En sus *Lecciones sobre filosofía moral* o en *El liberalismo político*, por ejemplo.

⁸ Y no me refiero, desde luego, únicamente, a la “necesidad” humana que conduce a la clasificación y ordenamiento del Cosmos. Me refiero, en este caso, a una pulsión que puede acompañar a esa “necesidad” pero que no ha de confundirse con ella.

de nuestra muerte o desaparición/desactivación social, las asignaciones ruedan, casi, por sí solas. En apoyo de estos elementos condicionantes van a actuar la religión y la mitología, tanto dentro de la familia como fuera de ella, junto con el poder coercitivo del Estado y el de las diversas instituciones, políticas, sociales o grupales.

De tal manera, en nuestro Principio fue la asignación; la herencia de nuestros antecesores –además de la capacidad de simbolizar- es un cierto, determinado y muy disputado, mayor o menor según el estatus de cada individuo, poder para asignar. Nuestra propia convicción acerca del derecho que nos corresponde a efectuar ciertas asignaciones, se deriva directamente de la necesidad que el propio sistema tiene de autoperpetuarse. Como el sistema es una organización compleja, el poder de asignar crecerá mientras crezca y se desarrolle la complejidad en sí de la organización social. Durante el ciclo creciente, las asignaciones serán numerosas y permanecerán estrictamente establecidas. Cuando el sistema se torne rígido y poco propicio al cambio, el proceso de asignación se hará mas laxo, menos eficiente y poco condicionante para los individuos aislados. De todo ello resultarán cambios cualitativos importantes –tal vez decisivos- para la sociedad y para la cultura que es su reflejo.

Trama desvelada es trama desencarnada, desproveída de su oculta carga significativa, sacrificio evidente de las escondidas semiosis destinadas al aturdimiento, aunque quizá no en toda su extensión/intensión, o al menos en toda la que sería necesaria para una completa liberación de la influencia de los planes cosificadores. Pero, en este caso, no importa tanto la eficacia como el propósito de conseguir la conciencia de una nueva ilustración. En la línea de nuestra argumentación, la asignación/adjudicación de la risa al Mal supone también, por ella misma, la concatenación “moral” de otros muchos conceptos, cuyos significados no parecerían a primera vista vinculados a una traducción ideológicamente activada de sentimientos y deseos.

¿Qué se desprende de todo ello? Entre otras cosas, se manifiesta el tremendo poder del engaño representado por lo serio y circunspecto. Lo serio y circunspecto que revisten siempre y en cualquier caso al Poder. Nada hay más serio que el Poder y sus corolarios. Ahí si que no hay motivo para chanzas, porque son muchos los siglos de sangre y de carne humanas aventadas y desgarradas para que se nos asome ni tan siquiera la brizna de una risa. Pero, precisamente, es en lo tan silencioso y oscuro donde resuena con mayor fuerza la risa diabólica. Señal de una profunda huella marcada en nuestro ser, si es que, verdaderamente, somos capaces de oír aquellas carcajadas demoníacas. De manera que el auténtico problema ya no es la risa en sí, ni tampoco su pretendido y diabólico agente causal, sino la capacidad o incapacidad de percibirla por encima –o por debajo- de nuestro aturdimiento inducido y autopromovido. Y, particularmente, el hecho de que el acto de reír nos haya sido ya, de manera incuestionable, asignado en nuestras propias narices a uno u otro campo de una moral que no existe, que, seguramente, no habrá existido nunca. El gran secreto del Plan moral es, por tanto, su total y absoluta no-necesidad.

El asignar tiene entonces que ver mucho y en gran manera con semejante proceso de revelación-manifestación del antagonismo subyacente a esos juegos de oposiciones vicarias. El dios de nuestras religiones es un señor serio. Además de dueño del tiempo y de lo que hay más allá del tiempo, él es el padre de la negación y del acotamiento en el sentir y en el expresarse del ser. La seriedad va íntimamente ligada –cosida, si así se puede decir- al miedo, nuestro miedo, que a su vez es el miedo del dios. Si los pecadores dejan de sentir miedo (al castigo, al infierno), si los trabajadores dejan de sentir miedo (al despido, a la miseria socialmente condicionada), si los seres humanos dejan de sentir miedo (a su cuerpo, al placer libremente recibido y proporcionado), entonces, ¿qué sería del dios? Nada de risas, pues. Que se ría el diablo. Ese es su papel.

Pero queda algo más, surgido de ese agitar-se del simbolismo establecido y aceptado por la norma. El juego de la risa hace estremecer las estructuras maestras

de la organización cultural que sirve de soporte justificador a lo político y lo económico. Nada será como antes después de que la risa embadurne la cara hierática del Poder y deje al descubierto su cruda calavera putrefacta. Sin embargo, el Poder intentará quitar importancia a esa mueca que, involuntariamente, ha manifestado el resplandor negro contenido tras la máscara, es decir, intentará controlar la risa, reduciéndola desde su pagano y diabólico carácter originario al redil aseado y “civilizado” del teatro del mundo. Si la risa puede salir de sus cauces y convertirse en un orgasmo no legitimado en los cuadros de los “placeres oficiales”, es necesario desactivarla, o, tal vez mejor, reconducir su energía primaria y libre hacia el aturdimiento.

Porque, aunque no lo sepamos a través de la información contenida en los mapas cognitivos/comportamentales, archivados en la cadena compleja de modelos cognitivos que nos han sido implantados en los procesos de socialización y mediante las influencias permanentes y condicionadoras que sufrimos en el proceso vivencial, aunque no lo sepamos, digo, o no queramos saberlo, del Poder emana y se alimenta el Sol Negro. No sólo del Poder, pero sí de él en su mayor parte. Y el Sol Negro es algo muy serio. Por eso, su imagen, su signo, figuraba grabado –y aún figura, que yo sepa– en el suelo de una sala que hay en cierto castillo donde, en tiempos, anidó algo muy oscuro, capaz de helar en su raíz cualquier espasmo alegre. El castillo aquél representó durante un tiempo y representa todavía, lo que muchos sectarios del Poder quisieran para nosotros: la seriedad de una vida limitada, hosca y sencilla (para la mayoría de dichos sectarios, que sepamos contar hasta quinientos y que aprendamos a respetar el Poder y sus signos es conocimiento suficiente). Una vida, pues, dotada de la irresistible capacidad de auto-oscurecimiento que proporciona la resignación planificable, y, por qué no decirlo, favoreciendo una existencia que guarde también en sus entrañas, como signo preventivo, cierto aroma de crematorio.

Y la risa viene, según parece, a trastocar todo ese plan. Incluso lo hace –quizá más que ninguna otra cosa– la propia risa del Diablo. Ésta es como el aviso, en cierto modo solidario y cómplice, que nos llega desde la fábrica donde se cuece un proyecto de mundo que está ahí, ante nosotros, intentando avanzar para sumergirnos en su oscuridad, queriendo convertirse en necesario, en la única alternativa “posible”. Desde la imagen de una risa culpable, concebida y mostrada como testigo de un propósito pretendidamente hostil y calculado, que, según nos dicen, sólo busca nuestra pérdida, hasta la risa-advertencia que nos sugiere: “No comais de lo que os ofrecen. Está envenenado y es serio”, va un camino que es tan grande como el mismo universo. Jamás podríamos recorrerlo entero nosotros solos.

Aunque tal vez la risa del Diablo no sea más que un eco de nuestra propia risa desesperada. Sabemos que los viajeros a los que un azar conduce antes de tiempo al mundo de los muertos, es decir, al Más Allá, no deben probar nada de la comida o de la bebida que, en dicho ámbito, puedan ofrecerles. Si comen o beben en ese mundo, no podrán volver a éste nunca más. La cuestión es: ¿Comeremos y beberemos nosotros del “nuevo” mundo que algunos nos brindan? Si así lo hacemos, seguramente escucharemos luego una gran risotada. Pero, en este caso, no podremos culpar de ella al Diablo.